



EDUCACIÓN PRIVADA (DE EDUCACIÓN)

*Apuntes de un
profesor particular.*

Alejandro Ruíz Morillas

21

Se olvida que tras el lema «las empresas te cuidan, el estado te oprime/ confía en las empresas, recela del estado», se oculta una privatización más sibilina, pero más poderosa e implacable: la privatización de las conciencias.

Editorial del número 19, Revista Laberinto.

Introducción

Con las presentes notas, pretendo aportar lo que, desde mi posición de profesor particular, he ido sacando en claro de todo lo que está ocurriendo dentro del aula, sin conocerlo directamente. Es decir, no tengo ni idea de lo que ocurre dentro del aula, pero llevo cinco años viviendo de las consecuencias de eso que desconozco, pero que debe estar dando algunos quebraderos de cabeza. En todo momento considero este artículo complementario de los planteamientos que Manuel Valle, miembro también del consejo de redacción de esta revista, expuso en *El cliente del mundo*, conferencia que puede escucharse en la web de esta revista.

Mi intención es, por tanto, simplemente abrir un poco el espectro de análisis por si ayuda a quienes están tratando este tema exhaustivamente.

I. Negocio a domicilio

Basta con poner en Google «profesor a domicilio», «clases particulares», o algo por el estilo, para que podamos hacernos una idea del ingente negocio en el que se ha convertido este sector. Según un artículo de *elEconomista.es* (2007), el volumen de negocio de las clases particulares rondaba en España, los 480 millones de euros.

Según otro artículo de la misma publicación (esta vez de 2009), tres millones de estudiantes españoles toman clases particulares, pero sólo «unos 130 000 acuden a profesores específicamente preparados que trabajan para una compañía reconocida como tal». Con lo de «una compañía reconocida como tal» se refieren a las academias que, de unos años a esta parte, han proliferado tratando de copar este ámbito. El triunfo de estas empresas se basa en que se adaptan a la flexibilidad que requiere el mercado



de la educación «no formal», bajo la consigna de enmascarar la economía sumergida del sector.

Nos detendremos un momento en analizar el caso de la empresa *Academia*, líder en España. Se trata de una franquicia francesa, que se ha extendido por todo el territorio español y que, pese a la crisis, muestra un crecimiento del 3%. A nivel de franquicia, sólo para el curso 2008-2009 ha tenido una facturación de siete millones de euros. Según la propia *Academia*, cuentan con 10 000 alumnos, y 4 000 profesores «altamente cualificados». Cuando hablan de profesores «altamente cualificados», cualquiera de los que hemos trabajado para dicha casa sabemos que tal mensaje no es más que publicidad barata. Cualquiera de los que hemos sido profesores particulares de esta u otras empresas del estilo, sabemos que no se comprueba en ningún momento nuestro curriculum ni nuestra experiencia. Cuando la revista de economía «Fomento de la Producción» lanza el titular «Las clases particulares se profesionalizan»¹ (en el que Bruno Cornellas, director general de *Academia* en España llega a decir: el concepto de negocio que propone la empresa es necesario en la medida que ha permitido profesionalizar una actividad que, normalmente, forma parte de los trabajos que abundan en la economía sumergida. «Damos garantías a los padres —asegura— y lo que hemos hecho es adaptar una idea artesanal a un sistema industrial») está poniendo sobre la mesa lo único que realmente supone este tipo de empresas: maquillarle la cara a la estafa sistemática de las familias y de los trabajadores.

Es falso cualquier barniz de seriedad que pretenda darse estas empresas. La cualificación del profesor a domicilio no es mayor que aquel que puede encontrar una familia a través de los carteles que muchos colocamos en las farolas. De hecho, muchas veces, somos los mismos (los que ponemos nuestros carteles y los que trabajamos para *Academia*). La relación entre el trabajador y la empresa consiste en un contrato mercantil, que no implica ninguna regularización del trabajador (ni Seguridad Social, ni paro...), por lo que es simple mentira que estas empresas acaben con la economía sumergida, pero sí que se guardan una cláusula por la cual no puedes dar clases a la misma familia que contactaste a través de la empresa hasta varios

meses después de dejar la misma. Gracias a esa cláusula, tratan de evitar lo inevitable: que una vez que la familia conoce al profesor, olviden a la empresa, ganando el profesor más dinero y la familia pagando menos.

Lo que la familia paga a la empresa varía, pero perfectamente duplica el coste de un profesor contactado individualmente, sin que la empresa aporte ninguna contraprestación educativa adicional.

Sin embargo, estas empresas están en auge gracias a las campañas de publicidad que pueden permitirse, con las que consiguen transmitir la apariencia de una mayor seriedad que nuestros cartelitos fotocopiados y pegados con cinta adhesiva en farolas.

Las empresas de clases particulares a domicilio son sólo un ejemplo más de lo que significa la privatización de los servicios públicos en general, y de la enseñanza en particular. Los colegios e institutos hoy día son asediados por el buitreo de multitud de empresas, que buscan el beneficio privado a través de las concesiones de aulas matinales, comedores y actividades extraescolares principalmente. En todos los casos, la consigna de estas empresas para el trabajador es la misma: que la actividad pretendidamente educativa aparente calidad/seriedad, aunque tanto los trabajadores como la empresa sepan que es todo lo contrario.

II. La privatización de la jornada lectiva

Si bien la gestión privada de espacios educativos (como aulas matinales y actividades extraescolares) debe llamar nuestra atención, es especialmente reseñable el caso de las clases particulares por un motivo: las clases particulares permiten la privatización, de facto, no del entorno de la jornada lectiva, sino la jornada lectiva misma, sus propios contenidos.

Si las familias están dispuestas a invertir cantidades importantes de dinero no ya en educación en general, sino en repetir los mismos contenidos que se dan en clase, es por una única razón (que puede tener varias consecuencias): su hijo no está consiguiendo evaluaciones positivas (según las expectativas que la familia ha depositado en el hijo, estaremos hablando de que el

chaval no aprueba, o no consigue *Sobresaliente*) en el colegio, y necesita que alguien apoye esa labor. Es decir, el centro queda restringido (para la familia) a una institución que homologa la formación. Esto implica que, de facto, para las familias, la educación es algo que ya se ha privatizado. Iré desarrollando esta idea, tranquilícese.

En un contexto de desmantelamiento de la estructura administrativa pública tradicional (con una división entre lo público-estatal y lo privado-empresarial) que no es exclusivo del ámbito educativo (pongamos por ejemplo el importantísimo *Decreto-Ley 5/2010 de la Junta de Andalucía*²), las familias ya han aceptado que los resultados académicos que serán homologados por la institución académica no son resultado de un proceso que dependa únicamente del profesor y el alumno (y el apoyo familiar), sino que está perfectamente integrado contratar a un tercero, que aporte lo que no se espera ni exige de la jornada lectiva. Es decir, el proceso administrativo (de privatización) ha sido asentado previamente como proceso ideológico.

Es esta concepción de las familias la que permite el negocio, por un lado, y la que las enfrenta al profesor (tanto el del colegio o instituto, como al particular), puesto que son clientes del mismo. Es decir, tenemos que ser conscientes que, según esta concepción, los padres no van a concebir una colaboración con el profesor, sino una reclamación continuada a este: los padres ya han vaciado la relación profesor-alumno, ya la han privatizado. Y los profesores a domicilio somos la constatación de esto, por nuestra mera existencia, pero no somos su reemplazamiento.

III. La educación privada de educación

La institución académica da lugar a un suculento objeto de negocio, el fracaso de la relación profesor-alumno. Sin embargo, los buitres no podemos reemplazarla. Ni las academias, ni las empresas, ni los profesores particulares pueden reemplazar la relación profesor-alumno.

En el caso de las clases particulares, cuando la familia ha asumido plenamente el paradigma de la institución educativa como institución es-

trictamente homologadora de una titulación (y en mi experiencia de cinco años como profesor a domicilio, sólo me he encontrado con una única familia que no tenía asumido esto del todo), todo proceso que no esté directa y únicamente orientado a mejorar las calificaciones ha de establecerse en la clandestinidad (lógicamente, pues ocupa tiempo del profesor particular empleado, y que va a ser pagado, pero que no está orientado en la finalidad deseada; repasar las matemáticas del año anterior para que se comprendan mejor las de este, puede resultarle a un padre algo similar a que yo me dedique a jugar con el móvil en lugar de dar clases).

Desde mi lugar, observo el cambio de concepción de la relación profesor-alumno en la familia, pero también tengo evidencias de que esto ha sido «aceptado» por el profesor, y desde luego, por el alumno: el caso de Nuria.

IV. «Nuria tiene un problema»³

Precisamente a través de una empresa de clases a domicilio, entro en un hogar de funcionarios de Madrid. Tienen una hija única, de 1º de Bachillerato, que siempre ha sacado muy buenas notas en todo, y que este año, «inexplicablemente», saca cero en todos los exámenes de Matemáticas, y ha bajado en casi todas las asignaturas. El último, ni siquiera lo rellenó.

Los padres toman dos decisiones, llevarla al psicólogo y ponerle un profesor de Matemáticas: porque la familia también se está privatizando.

Evidencio desde el principio una gran falta de motivación en todo, sólo está motivada para «ir de fiesta». Hablando esto con los padres, en los breves momentos que podemos cruzarnos en el pasillo (pues casi nunca coincido con ninguno en casa), nos hablan del gran cambio de conducta que observan en ella desde septiembre. Me hablan de que ha engordado rápidamente.

Come poco, duerme poco, pero engorda... sin las Matemáticas, esto ya sería algo en lo que fijarse. Después de varios intentos frustrados (no sólo por la negativa de los padres, sino también por lo erróneamente que inicialmente lo planteo al no partir de que, pese a todo, los padres siguen intentando proteger de mí, de alguna manera, su intimidad), consigo que me



digán si puedo hablar con el profesor de Matemáticas. Consigo en el instituto su número de móvil. Le llamo: «lo que ocurre es que Nuria tiene un problema». Nuria está embarazada. El profesor lo sabe, y si el profesor de Matemáticas lo sabe, es que probablemente los compañeros de clase también. Imagino que tal vez lo sepa también el psicólogo, y también lo sé yo, el profesor particular. Pero los padres, ni idea.

Cuando suspendió por primera vez, los padres le enviaron un correo electrónico al profesor. Me lo contó, telefónicamente, él mismo: le exigían una revisión del examen, sin haber visto dicho examen (es decir, sin saber si estaba mal corregido). Bueno, no creo que sea necesario dar más detalles, la cuestión que deseo dejar clara es que, para la familia, la única función que cumple el profesor es la de evaluar, pero que, para el profesor, el hecho de que Nuria estuviera embarazada era una cuestión personal de la chica, en la que él no sabía si debía meterse.

24

Padres y profesor habían aceptado que la vida del alumno era algo no fundamental para lo que ocurre en clase, que las aulas pueden existir sin educación, únicamente llenando de fórmulas la pizarra y comprobando si aparecen en el folio de un examen, sin reparar en qué ocurre en ese personaje, al que se obvia, el alumno. Esta concepción, sin ninguna reconversión en empresa privada del aparato administrativo público, ya es la absoluta privatización, de facto, de la educación, y su principal consecuencia es clara: los niños y jóvenes están solos.

V. Fracaso útil, el imperialismo PISA fuerte

El aula se ha convertido en un espacio para la evaluación. Y desde la OCDE⁴ (organización que pone en marcha el Programa Internacional de Evaluación del Estudiante—Informe PISA—) nos dicen que, además, los chicos catean.

Si el aula se ha vaciado y sólo sirve para evaluar, y, además, los chicos catean... ¿para qué sirve el aula?, ¿no es un fracaso absoluto? La respuesta es no.

La evaluación, en nuestra educación privatizada, es un fin en sí mismo, no es una parte más del proceso de enseñanza, sino que es lo más importante que ocurre, hoy por hoy, en el aula.

VI. Máquinas de hacer churros

La escuela cumple un papel fundamental a la hora de la división del trabajo. Esa es su función. Si en su día esa función le llevó a universalizar la instrucción, hoy el llamado «fracaso escolar» cumple a las mil maravillas dentro del mismo esquema. La escuela privada de educación abre el camino a la ideología de la evaluación, que dará lugar a que la familia formule, a menudo por boca de la madre, una tesis fundamental en la gestión del aparato de enseñanza contemporáneo: «es que este niño no sirve para estudiar».

Baudelot y Establet escriben, en 1975:

La escuela es una escuela de clase porque se esfuerza en prohibir a los niños obreros adquirir, organizar y formular la ideología que el proletariado necesita.

Sólo podemos decir que hoy es un poquito más cierto que cuando fue escrito, con una añadidura actual: hoy, la proletarización es un proceso que se ha acelerado, y la escuela está sujeta a dicho proceso. Se ha mediatizado el fenómeno del fracaso escolar (convirtiéndolo casi en alarma pública⁵) porque afecta ahora también a los hijos de los trabajadores intelectuales (a nadie le pareció tan relevante el absentismo escolar de los hijos de los vendedores ambulantes, o que no pasaran secundaria los hijos de los albañiles, por ejemplo). Es decir, la parte de la reproducción de la división social del trabajo que tiene lugar en la escuela está mandando a las filas del trabajo precario, en negro, manual, machacón, inestable... a los hijos de los funcionarios, profesores de universidad, directores de banco, etc.; muchos de los cuales tienen origen obrero y campesino pero que, dada la necesidad de cuadros productivos en los 70 y 80, se emplearon como trabajadores intelectuales (pues la escuela les prohibía adquirir, organizar y formular la ideología que el proletariado necesitaba, tal y como decían Baudelot y Establet). Actualmente, al cambiar las necesidades del proceso productivo, la máquina de dividir a la sociedad que es la escuela (privada de educación y engordada de evaluación), escupe hacia el «fracaso» a los hijos de estos que ascendieron como la espuma (con notable esfuerzo personal en muchos casos), y que viven la proletarización de sus hijos como una de las angustias

más importantes de su vida. Es por esa angustia que están dispuestos a invertir grandes sumas de dinero en dar de comer a gente como yo, o a las empresas de clases particulares... y de informática, y de inglés,... porque el fantasma de la proletarización⁶ toca a la puerta el día de las notas.

Sí, es posible que alguno de esos chicos se salve de la proletarización, de momento. Pero lo que no hará será salvar el culo, respecto a la división social del trabajo, porque ahí estamos todos los trabajadores.

VII. Salir de compras con el *cliente del mundo*⁷

Tuve la fortuna de compartir un alumno de clases particulares durante casi un curso académico completo, con un compañero y amigo. Las reflexiones conjuntas que tuvimos sobre la situación del chico y su familia constituyen la base de la mayor parte de este texto. Uno de los comentarios que más tenemos presente, pues representaba una perfecta autoparodia, se trata de su respuesta ante una pregunta (por parte de mi compañero) del tipo «¿tú qué quieres ser en el futuro?». Su respuesta fue: quiero ser jugador suplente del Real Madrid.

¡¡Suplente!! ¿Puede existir una fantasía más autocomplaciente que la de un chico que adora el fútbol, y que quiere dedicarse al fútbol profesional? Que la profesión sea tu juego, que te adoren las cámaras, saber lo que es la victoria, triunfar en las discotecas, tener un cochazo, enfrentarse a la presión del estadio para resolver con un golazo un partido de máxima rivalidad, ¡¡¡error!!!, ¿error? Sí, error, porque nuestro chico quiere ser suplente, así que nada de enfrentarse a la presión. Su caso puede ser enfocado como una infantilización sin más, la incapacidad de asumir la responsabilidad, de aceptar que hay un «lado malo» que superar para poder disfrutar del «lado bueno», que hay unos deberes que cumplir... Sí, desde luego, eso le ocurre. Sin embargo, la cuestión que quiero poner sobre la mesa es que este joven, ante la pregunta de qué quiere ser, en ningún momento se plantea para qué va a servir, qué función o qué utilidad tiene para la sociedad su vida, y eso es algo que le viene totalmente alimentado desde casa. Sin duda, las empresas

alimentan y se alimentan de esta cuestión, pero el papel de la familia no es para nada pasivo. Nuestro cliente del mundo crece en una familia que le explica exhaustivamente su deber de servirse de la sociedad todo lo que pueda, cómo planificar todo su futuro en base a su propio egoísmo. Comparemos a nuestro suplente del Real Madrid e hijo de un chapista que trabaja contratado en un taller a punto de cerrar, con otro alumno, un año más joven, al que le daba clases de Matemáticas, cuya motivación andaba por las nubes (uno de sus juegos preferidos, fuera de clase, era hacer puzzles matemáticos en una página de Internet que se publicitaba diciendo que desarrolla la inteligencia), cuya aspiración profesional futura es ser neurocirujano. Pude hacerle un pequeño interrogatorio sobre su deseada profesión («¿por qué neurocirujano y no médico de familia?», fue mi última pregunta), y terminó por contestarme: «porque ser neurocirujano es mucho mejor». Nuestro futuro neurocirujano es hijo de dos cargos directivos de una multinacional farmacéutica con sede en Granada.

Mientras nuestro suplente no da pie con bola en los estudios, nuestro neurocirujano ha necesitado un profesor particular porque ha estado estudiando en Inglaterra, y como las matemáticas inglesas son un poquito diferentes a las españolas, necesita un apoyo, pues lleva solo dos notables seguidos. La madre, con la que tengo todo el contacto (al padre no llego a conocerlo), me dice a las claras que ella podría darle clases (es licenciada en farmacia y tiene conocimientos de sobra), pero que ella se merece también descansar. Nuestro neurocirujano, que está inscrito en el *Club Gauss* para jóvenes matemáticos, y tiene posibilidades para ir cumpliendo las expectativas que el sistema tiene puestas en él, sin embargo, el último día que tuvimos clase, me dijo: «¿tú te sentías solo con mi edad?». Obediente, con un futuro prometedor como sumiso jefe, disciplinado, sin distorsiones mercadotécnicas en su mesa de estudio, ni en todo su cuarto (como nuestro suplente que estudia junto a un frasco de colonia de moda), podríamos decir que él no es cliente del mundo como tal, pues los esquemas familiares le ofrecen una ruta hacia el éxito más segura que las promesas vacías de las marcas. Sin embargo, también en él, la división social del trabajo se



hará negando lo más importante de un joven: que su vida tome sentido como aportación a la sociedad, y no viceversa, de la sociedad hacia él. El cliente del mundo ha podido nacer como hijo de obreros y trabajadores poco «valorizados» por cómo hemos educado a nuestros hijos en el egocentrismo militante.

Este proceso, en los últimos tiempos sólo se ha acentuado, y el nacimiento del contemporáneo cliente del mundo es su exponente más acabado. Y esto, justo en una etapa de la vida, como es la juventud, caracterizada precisamente por la apertura al mundo como fase fundamental en la socialización de la persona, supone un machaque muy profundo.

En mi experiencia como profesor particular he constatado que es imposible explicar el pasotismo académico sin atender a cómo se machaca el proceso de construir el horizonte del sentido vital de nuestros jóvenes: de qué sirve estudiar cuando eso no va a darme nada a mí, cuando esto no me garantiza realmente ningún privilegio social, ni siquiera en el largo plazo, y es precisamente ese privilegio lo que te han enseñando que es lo único por lo que debes trabajar, lo único que merece la pena. Cuando enfocan la vida de sus hijos a una carrera por y para ellos mismos, ponen esas vidas en manos del mercado. La diferencia entre trabajar con un chico motivado y otro que no lo está es radical, son dos trabajos completamente distintos. El chico motivado sólo necesita respuestas para aquellas dudas no resueltas en clase. El chico no motivado necesita replantearse su vida, sus prioridades, sus metas, y, muy frecuentemente, se niega a hacerlo. Hemos de añadir que, cuando he acompañado durante mucho tiempo a un alumno que inicialmente estaba motivado, finalmente terminaba atravesando una etapa de desmotivación para el estudio, cuando no cayendo en ella definitivamente, y siempre es algo que, verbalizado o no por el chico, está directamente relacionado con el sentido de su vida, «¿para qué todo esto?».

Los profesores deberíamos empezar a mirar un poco menos el informe PISA y un poco más la estadística de suicidios, que son la primera causa de muerte no natural de los jóvenes en nuestro país. Pero es muy posible que seamos incapaces de hacer algo así, pues ni siquiera lo hemos planteado en nuestra propia vida.

VIII. ¿Fuera de dónde?

En un diccionario de etimologías he encontrado este origen para la palabra «educación» = «guiar hacia fuera»⁸. Yo, ahora, con el panorama que vamos descubriendo (sea correcto o no el que hemos descrito en estas líneas, la realidad de los educadores es la que es), me preguntaría dos cosas, que vienen a ser la misma: ¿fuera de dónde? y ¿guiar hacia dónde?

El planteamiento del aparato de estado llamado escuela, junto con sus apéndices empresariales, está centrado en el individuo: esto es para ti (estos conocimientos), para tu futuro, para que hagas lo que te gusta, para que evites lo que no te gusta, etc. De ahí que la mejor profesión del mundo sea la de suplente del Real Madrid, y que sea más deseado que ser Cristiano Ronaldo. Sin embargo, lo más importante es que centrándolo todo en él, en ponerlo todo a su servicio, se le pone al servicio de la división social del trabajo. Esa es la paradoja, presente en la tesis de Zizek «enjoy is superego», que conlleva, además, una cuestión fundamental: *I can get no satisfaction / cause I try and I try and I try...*⁹ Un circuito ideológico, como el columpio de un hamster, o el «Homombligo»¹⁰, cuya imagen mostramos a continuación:



Hemos elegido este fragmento de una carta de Marx a su padre, titulada «Reflexiones de un joven sobre la elección de su profesión» (1835), tenía 17 años:

Si hemos elegido la posición en la vida en la que ante todo podemos ayudar a la humanidad, ninguna carga podrá aplastarnos, porque los sacrificios serán en beneficio de todos; no experimentaremos una felicidad egoísta, limitada y estrecha, sino que nuestra felicidad pertenecerá a millones de personas, nuestros actos permanecerán sosegada y perpetuamente vivos, y sobre nuestras cenizas caerán las cálidas lágrimas de las personas nobles.

Romántica, ¿verdad? ¿Cuántos de ustedes, cuántos de nosotros debo decir, en nuestra posición de profesores, podemos evitar deslizar una paternalista sonrisa ante la ingenuidad de un jovencísimo Marx que aún no sabe qué es la vida?, ¿cuántos de nosotros no deseáramos poder explicarle cuán duro es eso de «los sacrificios serán en beneficio de todos», para que comprendiera que debe olvidarse de esos sueños?, ¿cuántos de nosotros no le ridiculizaríamos incluso, aunque fuera sólo en nuestro pensamiento, por esas frases que tan grandes le vienen a un niño de 17 años?, ¿cuántos de nosotros le diríamos que ya tiene edad para pensar en él mismo, que es necesario que construya un futuro económicamente estable? Yo lo haría.

Está claro que no tenemos a ningún Marx en nuestra clase, pero también está claro que Marx no tuvo profesores como yo, o al menos no les hizo demasiado caso. Lo que sí tenemos son muchos chicos de 17 años, o de 16, 15... jóvenes que están en la misma tesitura que Marx, en la misma tesitura en la que hemos estado todos, en la etapa de nuestra vida en la que se asienta nuestra vocación, la consagración de un sumiso o de alguien con voz propia.

Volvamos a la pregunta: ¿fuera de dónde? Saquemos la respuesta: de ellos mismos como individuos. Educar es apoyar el proceso por el que nuestros chicos van siendo más persona y menos agentes individualmente conectados a la realidad. Pero ¿qué es ser persona?

Sigamos con el mismo diccionario de etimologías: persona, del griego *prospora*=máscara. Nos aclara el propio diccionario más abajo:

En el teatro de Grecia no había, claro está, micrófonos y la voz no era lo suficientemente potente como para llegar a todos los espectadores. Entonces se usaban máscaras, cada una de ellas expresaba un sentimiento mediante una mueca, tristeza, alegría... Estas máscaras se llamaban *per sona*, para sonar.

Persona, entonces, tener voz propia. Tener criterio propio, en el sentido en el que Marx deseaba lectores «que piensen por ellos mismos» para *El Capital*.

¿Podemos, con todo lo que sabemos, dedicarnos a formar personas y no individuos?, es decir, ¿estamos dispuestos a aprender a ser educadores, a apoyar decididamente el proceso de maduración de nuestros jóvenes? Responda sinceramente:

-Si su respuesta es «no», debo decir que le comprendo perfectamente. Que me cabrea, pero le comprendo, porque tengo que levantarme todos los días haciendo un buen esfuerzo para responder un «sí», que la unión que tengo con el joven que tengo delante es lo que me mueve, y a lo que me debo, y no a un contrato tipo 10€/hora, o mi contrato con la empresa de actividades extraescolares, o una plaza de funcionario, aunque no sea mi caso; y no me resulta nada fácil. Le comprendo, pero debo advertirle, sin embargo, que continuar leyendo este artículo será una pérdida de tiempo para usted.

-Si su respuesta es «sí», sigamos.

IX. Un curso en la vida de alguien

Conciérne al profesor no simplemente el adiestramiento de los individuos, sino la formación de la vida social justa.

John Dewey

Unas horas a la semana, a lo largo de un curso académico en la vida de alguien. ¿Qué puede significar eso realmente? Mucho y nada, al mismo tiempo.

-Mucho. Si trabajamos alimentando esa dimensión de apertura del joven y, en general, si trabajamos a favor de la apertura a los demás en cada una de las etapas de la socialización del individuo, abriendo sentido para los diferentes aspectos de la vida, entre ellos el estudio. Sólo así es posible motivar: planteando una dimensión moral del estudio¹¹. Un profesor



de Matemáticas hoy, tiene que asumir que sin alumnos motivados es imposible que asuman los conceptos que desarrolla en clase, y esa motivación, hoy más que nunca, es imposible sin una filosofía de vida que signifique una apertura a los demás, pues los alumnos han percibido (sin un análisis político, es cierto, pero sí desde las evidencias de la realidad en la que viven), que para la gran mayoría de ellos la institución escuela no garantiza su éxito individual y, por tanto, están totalmente desmotivados, desde su lógica homombligo, para hacer cualquier cosa en ella; para esto tenemos que curarnos de cierta hipocresía en la que caemos muy a menudo los profesores cuando acusamos de perezosos a los alumnos, sin reparar en que hemos contribuido a formar en ellos la idea de que tienen que organizar lo que les rodea para su único provecho individual (incluidos, por tanto, los estudios), reforzando la idea de buscar salvarse el culo, y no reparamos que, para cada vez mayor parte de los jóvenes (y para la casi totalidad de los que vienen de familias sin muchos recursos económicos), la institución académica no puede proporcionarles ningún tipo de éxito personal: no les va a convertir ni en estrella de videoclip, ni en el suplente del Real Madrid, ni en el camello forrado del barrio. Por tanto, hemos de elegir, no valen medias tintas: o bien deponemos cualquier intención de que la escuela sirva para algo en la vida de estos chicos más que para que tomen conciencia de su fracaso o de los tiburones que pueden llegar a ser (y dejamos que la división social del trabajo haga su curso en sus conciencias sin más), o por el contrario, apostamos decididamente por plantear el proceso de formación académica (de contenidos) dentro de una perspectiva de transformación social, provocando (pro-evocando) su responsabilidad con el mundo que les rodea, desde una perspectiva de lucha asociada contra la misma realidad que machaca su futuro y, a la vez, machaca a la inmensa mayoría de la humanidad.

Estamos, por tanto, diciendo que es imprescindible poner sobre la mesa la revisión de su vida desde la ética, y habilitar un espacio y un tiempo para que los chicos se descubran para los demás en ese proceso.

Para conseguir esto, es fundamental organizarnos con otros educadores para ir elaborando la táctica concreta que supone este trabajo. Personalmente, no tengo verdaderas experiencias de este tipo de asociación, tan sólo encuentros esporádicos e informales con otros educadores, pero ya con esas breves experiencias es de señalar su importancia; imagino que se multiplicaría de existir de forma sistematizada.

-Nada. Si no construimos organización social, si los educadores no nos asociamos con los que no siendo educadores, comparten una línea estratégica que apueste por acabar con la explotación, base estructural de nuestro sistema educativo. Es necesario conformar una nueva visión del mundo y una nueva forma de relacionarnos con él. Es necesario que tengamos un análisis económico y político de nuestra realidad (sólo así podemos entender cómo el imperialismo internacional entra en una clase de 4º de ESO, o en el cuarto de un chico durante sus clases particulares), y, sobre todo, tenemos que construir una organización social que promueva unas nuevas prácticas, una nueva lógica, una ruptura ideológica. No basta con hacer que los chicos tengan que enfrentarse a la dimensión moral del estudio, también tenemos que hacerlo los profesores. No basta con que se planteen una nueva realidad, tenemos que darles espacios políticos donde desarrollar esos agujeros ideológicos que hemos ido abriendo en clase. Personalmente, puedo constatar que mi participación en la plataforma *A Desalambrar*¹² me ha hecho replantear mi filosofía de vida, y, por tanto, mi práctica como educador.

X. «¿Qué dificultad tenéis todos para aprobarlo todo?»¹³

Una tarea: hacer grupo. Un grupo de personas que pueda entenderse a sí mismo y su posición en la sociedad. Un grupo que pueda evidenciar esa fuerza (la del mecanismo del aparato en el que se encontraron) que les divide (como grupo) y les machaca como personas, para poder enfrentarse a ella. Exactamente bajo la misma filosofía que nace de la autonomía obrera: la organización en el lugar mismo donde se da la

contradicción. De la misma manera, se trata de buscar una apropiación colectiva del proceso de aprendizaje en dos sentidos:

-Por un lado, el que nos llevará a formularnos la pregunta ¿por qué unos de nosotros aprueban y otros no?, como algo que es asunto de todos.

-Y por otro, ¿qué deber con los demás se corresponde con este saber en juego?, ¿para qué aprender?, ¿qué ocurre en nuestro entorno? El paro, la persecución a los inmigrantes, la precariedad laboral... realidades del día a día de los jóvenes: ¿lo que aprendemos será respuesta ante ellas, o, por el contrario, sólo nos servirá para sustentarlas?

Estas dos líneas son las únicas que implican un crecimiento educativo real, y, que, como educadores, no podemos eludir: tenemos que afrontar como prioritarias.

¿Cómo hacerlo?, ¿cómo llevar todo esto a lo concreto del día a día de un aula? Ni idea. Ya comenté al principio que nada sé de lo que ocurre dentro del aula, por tanto, son quienes se enfrentan a ella los que tendrán que dilucidar cómo hacerlo. Lo que sí afirmo, y desde esa validez pongo a discusión en este artículo, es el esquema general/ideológico de la práctica educativa.

Sin embargo, no nos deshagamos de lo concreto tan fácilmente, porque hablamos de grupo, de formar grupo, pero nuestro suplente y nuestro neurocirujano no se conocen. Nunca se encontrarán por ahora, probablemente. Aunque no viven muy lejos, hay un salto enorme cruzando unas pocas calles. Y, además, podemos decir que sus vidas dependen de ese encuentro, bueno, de cómo y cuándo sea ese encuentro.

Tal y como ahora se desarrolla todo, el escenario en el que se producirá ese encuentro será cuando el neurocirujano sea director de recursos humanos y firme el despido del suplente, que será empleado manual, o cuando diseñe tal proceso de trabajo que le extrae un tironcito más de vida, o cuando tome parte en la patente de algún agente químico con propósitos militares, y nuestro suplente sea soldado profesional en alguna guerra diseñada por el mismo imperialismo que diseñó su segregación escolar. Dos sujetos sujetados cada uno de una manera a un sistema que les instrumentaliza.

En base a lo que venimos presentando sobre el sentido de la vida, lo mejor que puede ocurrirle a un intelectual, o a un miembro de la nueva pequeña burguesía¹⁴, es estar organizado para entregar su saber a aquellos contra los que lo ejercita. Lo mejor que le puede ocurrir a un obrero es estar en una organización en la que el intelectual aporte su saber... y el obrero el suyo, y el teleoperador el suyo, y el repartidor de pizzas el suyo, y el que lleva cinco años parado el suyo, y se articulen juntos, no sumados sin más (ya que, entonces, sabemos bien por la historia más reciente, que el saber del obrero desaparecería o sería un complemento, de la dominación de la forma de trabajo intelectual) sino puestos al servicio de una misma práctica de clase, que no puede ser sino la práctica obrera¹⁵. Y como creo en esto, asevero, como educador, que lo mejor que le podía haber pasado al suplente del Real Madrid y al neurocirujano es haberse conocido a sus quince años, para tener las primeras intuiciones de cómo puede llegar a ser una organización así.

Pero no. Nuestro suplente y nuestro neurocirujano no se conocen por ahora, y sólo hay una razón que lo explica: su profesor particular, el mismo que escribe estas líneas y el único que puede ponerles en contacto, es un cobarde.

XI. Como un perro que esconde la cola

Los profesores, a menudo, olvidan que los niños pertenecen a una clase social desde su nacimiento. Algunos, incluso, llegan a no nacer por la clase social a la que pertenecen.

Valentín Berrocal

La precariedad es estar solo ante la realidad.

Santiago López-Petit

Ser un cobarde. Del francés medieval *coue*, que significa 'cola', de esconder la cola, gesto de sumisión de los perros y los lobos. Sumiso como un perro que esconde la cola. Como alguien que, sabiendo lo que sabe, prefiere no actuar en consecuencia y permitir que el aparato ideológico de Estado siga «su curso», nunca mejor dicho. En tipos como yo, el miedo juega un papel fun-



damental. Puede ser miedo a dejar de ser funcionario y empezar a ser educador, a enfrentarte con los padres que te pagan, a enfrentarte con tu propio fracaso... La lista puede ser larga, pero el asunto debe clasificarse de forma clara: miedo a luchar por una clase que no es la tuya.

En efecto, los educandos pertenecen a una clase, no todos a la misma. Pero nosotros sí que pertenecemos todos a la misma: cobremos por horas, haya plaza fija funcional de por medio, o seamos monitores de actividades extraescolares. Nuestra práctica, y no nuestro discurso o los ceros de nuestra cuenta bancaria, implica nuestra posición de clase en el aparato ideológico.

Y sólo hay una forma de dejar el miedo: más a los chicos que a uno mismo, amar más su potencia que tu aparato. Hablamos, entonces, de un amor con dimensión política, que no puede, por tanto, quedarse en el sentimiento, en la sensiblería. Estamos planteando, entonces, que dejemos de adiestrar a los jóvenes en el reflejo

de nuestras propias mierdas de clase y juguémonosla con ellos. Un profesor desclasado puede convertirse en un educador que forme personas con voz propia, que pueden asociarse frente al sistema.

El conflicto educativo se nos presenta, a menudo, como el conflicto entre la educación que depende de la administración y la que no, entre los colegios concertados, los confesionales, y los públicos, etc. Básicamente, se nos presenta este conflicto como una cuestión de gestión burocrática, o de ideologismos superficiales como el laicismo. De este modo, pasamos por alto cómo son las prácticas concretas en las aulas, cómo sirven al Capital. Es imprescindible dejarnos de conflictos falsos y afrontar la situación, por tanto, revolucionar el funcionamiento mismo de la práctica docente, en pos de una práctica educativa que sea respuesta al sistema en que vivimos, sin parches. No puedo decir más al respecto.

Todo lo demás, privatización.